

ESPERAR Y TEMER

Tememos por los que más amamos. Nos angustia pensar que en cualquier circunstancia, en el momento más inesperado, mientras estamos distraídos haciendo otra cosa, de viaje u ocupados en nuestros quehaceres, o descansando, tranquilamente dormidos, ajenos al transcurso del mundo, podemos perderlos, que, de pronto, inopinadamente, un acontecimiento adverso, un vuelco de la fortuna nos va a privar de la presencia de aquellos en los que hemos fincado nuestra felicidad: la mujer, los hijos, los padres, los nietos. ¿De dónde viene este desasosiego? ¿Por qué nos asaltan de pronto, sin que exista un motivo, la inseguridad, la sospecha, el miedo?

*

Acosados por un temor ¿irracional? pensamos que cada vez puede ser la última que los vemos o que hablamos con ellos, o que oímos su voz. No se trata sólo del comprensible recelo que la incertidumbre de los días que vivimos, con su cauda de horrores y desastres, nos inflige sino, más bien, de un agravamiento de la sensibilidad, de un acrecentamiento del miedo y del sentido de vulnerabilidad que se va complicando con los años y que como un ser abyecto se erige ante nuestra conciencia y amenaza con minar cualquier noción de dicha, de aplomo, de sosiego.

*

Tengo que reconocer que la ansiedad que me aflige no tiene motivo, que no existe una razón evidente o palpable que me haga suponer que algo malo (una enfermedad, un asalto, un accidente) pueda haber sucedido, y sin embargo la intranquilidad me oprime y una insistente preocupación no me deja estar bien, y una y otra vez vuelve a atormentarme la idea de la descomposición y la tragedia. Y no puedo dejar de pensar

que tal vez la común, rutinaria despedida de hace unos días irreparablemente puede haber sido la última y que nunca más volveré a ver y a tocar y a hablar con ese hijo o con el nieto al que apenas antes acaricié el pelo y al que tan distraídamente le dije adiós mientras sus padres me comentaban quién sabe qué cosa antes de despedirnos deseándonos la mejor de las vacaciones, y que ese momento es ya, y para siempre, la última visión que tendré de ellos, el último beso que le di, la última palmada, el fin.

*

¿Puede haber sucedido lo peor? Sí, siempre puede ocurrir, pero este sinsabor que experimento con frecuencia creciente cada vez que mi gente se aleja por más tiempo del usual, sin que exista ninguna razón, el más mínimo motivo de inquietud, y que me hace imaginar, recurrentemente, desenlaces atroces, podría ser contraproducente, podría tal vez no hacer sino aumentar las probabilidades de que ocurra.

*

Sí, todo esto es posible. Lo que resulta enojoso, y también alarmante, es que frente a un retraso mínimo, irrelevante en lo que se refiere a la demora en tener noticias, me sumerja yo en esta cauda de aflicciones y de malos presagios.

*

Me siento inerme porque no sabría a qué armas recurrir para impedirlo; indefenso porque carezco absolutamente de la posibilidad de contenerlo.

*

¿Por qué no han respondido a mi mensaje? ¿Habrá sucedido algo? ¿Tal vez un accidente? ¿Tuvieron un percance, una pinchadura, una curva mal tomada, un autobús

sin frenos o en sentido contrario, una falla mecánica, un patinazo y, de pronto, el abismo, el golpe, la disolución? ¿O quizá les robaron el auto y no quieren alarmarnos y prefieren esperar y ver cómo lo pueden resolver antes de decir nada.? Quizá no han consultado sus teléfonos, o tabletas, o no los han encendido y en consecuencia no han podido ver la nota que les he enviado preguntando cómo va su viaje, las vacaciones a las que ha ido la familia, a la playa o a la montaña, si todo va bien, si el clima y el lugar y el ambiente son gratos o acogedores o atractivos, si colmó sus expectativas y si les ha gustado y los niños han podido nadar o pasear en el bosque, si no ha llovido o, al contrario, si no ha hecho demasiado calor y todo va bien y transcurre como lo habían previsto. Es posible también que no tengan señal y que los aparatos no funcionen, o simplemente que no hayan tenido tiempo de atender mis mensajes porque están de tal manera inmersos en el gozo de estos días fuera de la ciudad que no les interesa dialogar con el mundo.

*

Nada de mis elucubraciones ni de mis temores o aprehensiones o plegarias o exorcismos o votos podría impedir la realización de ese futuro factible y sombrío, siempre posible, contrario no sólo a mis buenos deseos sino a las expectativas y esperanzas de aquellos que involucra, ese hijo, o nieto, o su madre, que apenas empiezan a moverse en la vida. ¿Es entonces mi amor lo que constituye una amenaza, potencial pero cierta, para los que más quiero porque los envuelve en una especie de nube tormentosa creada por mis pensamientos aprensivos?

*

¿O puede suceder que esta aflicción, que nos hace ver riesgos donde no los hay, o mínimamente, sea como un antídoto, como un muro que impide o detiene o imposibilita la ocurrencia de la calamidad que recelamos? Quizá la mente discurre estas escenas

fatídicas y (en el mejor de los casos) falaces, y especula con ellas para de esta manera impedir las, para conjurarlas o neutralizarlas, para volverlas una pura ilusión, un espantajo inocuo.

*

¿Podemos realmente prever lo que va a pasar? ¿Cuando acontecen las desgracias, en verdad logramos advertir algo de su presencia? ¿No es más bien cierto que ocurren siempre de un modo inesperado, azaroso, cruel? Suceden simplemente, sin que valga ninguna prevención, ningún atisbo.

*

Esta tendencia a abandonarnos a “la sombría voluptuosidad de prefigurar los hechos” (Lezama), aunque tal conjetura sea falsa o improbable o equívoca, parece ser un componente esencial de la psicología. Tal vez ha jugado un papel importante en la evolución de nuestra especie.

*

Con lo años nos volvemos proclives a ver o imaginar desastres donde no hay nada que los anuncie o permita temerlos. Sin duda es un síntoma más de la creciente inseguridad o fragilidad o indefensión en que nos vamos sumergiendo a medida que envejecemos, pero saberlo no me tranquiliza, al contrario, me lleva a pensar que si algo, en efecto ocurriera, mi constitución no lo resistiría. Nos volvemos permeables.

*

“Nadie puede desear algo que, en última instancia, lo perjudica” (Kafka). ¿Por qué entonces la mente se solaza —¿se solaza?— en imaginar, en proyectar la sombra de un pesar y una angustia excesivos?

*

Un niño no tiene conciencia de la inminencia del peligro, de la amenaza de desaparición que nos rodea todo el tiempo, por todas partes. Le teme, sí, a la noche, a la oscuridad, a “los fantasmas” que pueblan la imaginación de todos, particularmente en los primeros años, pero se trata de un amago intangible, inmaterial siempre. Con el paso de los años nos volvemos más conscientes de la precariedad de la vida, hasta un punto en que puede llegar a ser casi insoportable.

*

Me duele la cabeza, no logro concentrarme, el desánimo me abate, cualquier comentario me pone a la defensiva, estoy irritable, intranquilo. ¿Y si, en efecto, “la suerte fatal que todo lo guía, guisa y compone”, como la llama Cervantes, hubiera decidido ensañarse conmigo?

*

La mente puede elaborar toda clase de hipótesis. Lo que resulta particularmente ultrajante es que, con los años, esas hipótesis comienzan a girar en torno a la seguridad, o la inseguridad, que amenaza a los seres que amamos. Es decir, nos volvemos doblemente vulnerables: tememos por los nuestros y nos atormentamos creyendo estar conscientes de la inminencia de esos riesgos. ¿Entre más me aferro a la vida más temo que esté amenazada?

*

En realidad, lo que es proporcional a la angustia es el afecto que sentimos por las personas a las que quisiéramos sustraer de todo mal posible.

*

Es evidente que los avances tecnológicos están modificando no sólo nuestras aptitudes y nuestra sensibilidad sino también nuestro sentido del tiempo. Antes, carecer de noticias de alguien que se iba de viaje o que por alguna razón se ausentaba no implicaba de ninguna manera ansiedad o angustia. Podían pasar semanas sin saber de ese alguien querido y sin que el temor, la zozobra o los malos pensamientos nos atormentaran ¿O será que sabíamos postergar la congoja, que de todos modos estaba ahí, agazapada, pero a la que no le permitíamos atenazarnos porque no conocíamos ese sentimiento de acucia, de perentoriedad que ahora parece impregnar todas las cosas?

Con el advenimiento de los sistemas y aparatos de comunicación instantánea, no saber inmediatamente de alguien, no tener en seguida noticias tuyas puede causarnos un sobresalto y una inquietud malsanos. Una persona cercana, un pariente, un amigo que por alguna razón, la que sea, no contesta a nuestro mensaje a nuestra pregunta de si se encuentra bien, es capaz de sumirnos en un estado de duda e incertidumbre muy incómodo; su demora da pauta a que formulemos toda suerte de especulaciones y elucubraciones y no es raro que empecemos a atormentarnos y a pasar un mal rato repasando escenas atroces. Exigimos el contacto instantáneo, aguardamos con impaciencia la respuesta inmediata y si no la obtenemos nos dejamos llevar por una marea absurda de suposiciones . Ya nada es aplazable. Privilegiamos lo provisorio. Nos hemos olvidado de apreciar los resquicios del tiempo.

*

El apresuramiento, maldición de nuestra época.

*

Sacudo la cabeza, respiro, salgo al jardín. Mis temores han sido, nada más, un mal pensamiento (¿qué son los malos pensamientos?). El hijo acaba de escribir, las vacaciones fueron un éxito. Todos están bien.